

CÉSAR MOLINAS
FERNANDO RAMÍREZ MAZARREDO

LA CRISIS EXISTENCIAL DE EUROPA

¿Es la
Unión
Europea
el problema o
la solución?

DEUSTO

La crisis existencial de Europa

¿Es la Unión Europea
el problema o la solución?

**CÉSAR MOLINAS
FERNANDO RAMÍREZ MAZARREDO**



EDICIONES DEUSTO

© 2017 César Molinas y Fernando Ramírez

© Centro Libros PAPP, S.L. U., 2017

Deusto es un sello editorial de Centro Libros PAPP, S.L. U.

Grupo Planeta

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-234-2886-1

Depósito legal: B. 22.243-2017

Primera edición: noviembre de 2017

Preimpresión: Medium Preimpressió

Impreso por Romanyà Valls, S. A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Sumario

| | |
|--|-----------|
| Introducción y recomendaciones | 11 |
| Prefacio. Un fantasma recorre Europa: el fantasma del pesimismo | 15 |

PRIMERA PARTE ¿Qué es Europa?

| | |
|--|-----------|
| Capítulo 1. La singularidad de Europa | 27 |
| 1.1 La invención del individualismo | 29 |
| 1.2 Crecimiento y desarrollo económicos | 32 |
| 1.3 Guerras <i>epocales</i> y la Paz de Westfalia | 35 |
| 1.4 El progreso y la sociedad abierta | 37 |
| Capítulo 2. La génesis del pacto social del siglo xx | 41 |
| 2.1. La formación de la estructura de clases del capitalismo industrial | 42 |
| 2.2. La aparición del socialismo y la extensión de la democracia | 51 |
| 2.3. Webb, Bismarck y el Estado del Bienestar. | 55 |
| 2.4. La génesis del pacto social del siglo xx | 60 |
| Capítulo 3. La crisis del pacto social del siglo xx | 63 |
| 3.1. Las causas de la crisis del pacto social del siglo xx | 64 |
| 3.2. Después de la crisis del pacto social, ¿qué?: ideologías y desafección | 69 |

| | |
|---|----|
| 3.3. Crecimiento de la desigualdad y Estado del Bienestar | 72 |
| 3.4. ¿Es la desigualdad el concepto relevante? | 76 |
| Apéndice técnico: justicia y equidad, igualdad y suficiencia | 77 |

SEGUNDA PARTE

¿Qué es la Unión Europea?

Capítulo 4. La construcción de la Unión Europea:

| | |
|--|-----------|
| del sueño a la realidad | 91 |
| 4.1. Unos orígenes conspirativos | 92 |
| 4.2. Desde los comienzos hasta el Tratado de Roma: por qué la vía funcionalista | 94 |
| 4.3. La carrera hacia el euro, a puerta cerrada | 99 |
| 4.4. La Gran Recesión y la integración de Europa | 105 |

Capítulo 5. Los problemas de diseño

| | |
|---|------------|
| de la Unión Europea | 110 |
| 5.1. Lecciones de la historia | 112 |
| 5.2. La heterogeneidad de la eurozona: el problema de la convergencia | 116 |
| 5.3. La heterogeneidad de la Unión Europea: un problema que debe reconocerse | 125 |
| 5.4. Las razones históricas y políticas de los errores de diseño de la Unión Europea | 129 |

Capítulo 6. La legitimidad de la Unión Europea

| | |
|---|------------|
| y el auge de los populismos | 134 |
| 6.1. La legitimidad como percepción de la justicia | 136 |
| 6.2. La legitimidad como provisión de seguridad y bienestar | 141 |
| 6.3. La legitimidad democrática | 144 |
| 6.4. La legitimidad cotidiana como estado de naturaleza | 147 |
| 6.5. La legitimidad como sentimiento de pertenencia | 149 |
| 6.6. El auge de los populismos en Europa: causas y consecuencias | 151 |

TERCERA PARTE
¿Qué debe ser la Unión Europea?

Capítulo 7. ¿Sabe la Unión Europea adónde va?

| | |
|---|-----|
| Los costes de la no-Europa | 161 |
| 7.1. Cinco escenarios para el futuro de Europa | 162 |
| 7.2. El coste de la no-Europa: ¿qué está en juego? | 166 |
| 7.3. Consecuencias de la desaparición del euro | 168 |
| 7.4. La relevancia política en el mundo: el tamaño importa | 170 |
| 7.5. Unas políticas de seguridad y defensa eficaces | 172 |

Capítulo 8. Una hoja de ruta para completar

| | |
|--|-----|
| la Unión Económica y Monetaria | 174 |
| 8.1. El «Informe de los cinco presidentes» en el contexto histórico | 177 |
| 8.2. Promover y facilitar la convergencia de los Estados miembros | 183 |
| 8.3. Convergencia nominal y convergencia real | 186 |
| 8.4. Convergencia y legitimidad | 188 |
| 8.5. Convergencia, solidaridad y eurobonos | 192 |

Capítulo 9. Defensa, seguridad e inmigración:

| | |
|---|-----|
| avanzar a varias velocidades | 197 |
| 9.1. La política de defensa de la Unión Europea y la disuasión nuclear | 198 |
| 9.2. Las relaciones con Rusia: el palo y la zanahoria | 205 |
| 9.3. La política de seguridad: terrorismo y ciberseguridad | 210 |
| 9.4. La política de inmigración y la identidad europea | 216 |

| | |
|---|-----|
| Agradecimientos | 223 |
| Documentos institucionales referenciados | 225 |
| Bibliografía | 226 |
| Índice de siglas y acrónimos | 231 |
| Índice onomástico | 232 |
| Índice temático | 236 |

Capítulo 1

La singularidad de Europa

La primera parte de este libro está dedicada a relatar y analizar los procesos de cambio económico, social y cultural que, desde la primera revolución industrial (a finales del siglo XVIII), condujeron al pacto social del siglo XX y a su posterior crisis a finales de dicho siglo. Estos procesos de cambio conforman la actual situación de desorientación política y económica de Occidente en la que se enmarca la presente crisis existencial de la Unión Europea, cuya discusión es objetivo principal de este libro.

Antes de entrar en este discurso conviene abordar una cuestión previa, una cuestión muy relevante porque aclara un aspecto clave de la naturaleza europea. Se trata del papel único y esencial que tuvo Europa en el desarrollo de una etapa muy singular de la historia de la humanidad. En dicha etapa hubo un crecimiento económico sostenido que permitió que la población del planeta se multiplicase por diez mientras que se lograba erradicar casi por completo el hambre; se llegó a un grado de bienestar social y económico inédito en los milenios anteriores; se desarrollaron ideas y conceptos tales como el de «individuo», «libertad», «democracia», «nación», «ciudadano», «progreso», «ciencia», «conciencia», «sociedad abierta», «optimismo» y otros muchos que eran, y que en buena medida siguen siendo, extraños en otras geografías del mundo. Todas estas ideas y emprendimien-

tos son europeos en origen; todos ellos, por extensión, son occidentales; y unos pocos, por mayor ósmosis, son asumidos ya por una parte relevante, aunque aún minoritaria, de la humanidad en su conjunto.

Las ideas y cambios mencionados en el párrafo anterior —y muchos otros— nacieron y maduraron en una pequeña península en el noroeste de Eurasia. Que eso ocurriera allí y no en cualquier otro sitio se debió a razones históricas muy concretas. Estas razones forman parte de la naturaleza de Europa, y eso es algo que conviene no olvidar cuando, como hacemos en este libro, nos planteamos debatir su futuro. ¿Por qué, precisamente, Europa? En síntesis, porque en Europa había una constelación de Estados e instituciones políticas que competían entre sí, en condiciones de un cierto equilibrio de fuerzas, por la hegemonía política, el poder económico y la supremacía cultural, científica y artística. Esta emulación discurría por medios pacíficos o bélicos según las circunstancias. Pero lo relevante es que, incluso en tiempos de guerra, ésta se desarrollaba con moderación y con objetivos políticos limitados, sin tentaciones de exterminar al enemigo. Como dice Gibbon en un famoso pasaje refiriéndose a Europa: «En tiempos de paz, el progreso del conocimiento y de la industria se acelera por la emulación de tantos actores activos; en tiempos de guerra, las fuerzas europeas se ejercen con templanza y en enfrentamientos poco decisivos».² Europa y Occidente, el desarrollo económico, los avances tecnológicos y científicos y el progreso ético y moral son los resultados de esta competencia secular europea. Tanto en la paz como en la guerra.

En otros lugares de Eurasia existían imperios —el chino, el japonés y el otomano— con importantes y, en algunos casos, milenarias tradiciones culturales. En algunas épocas estuvieron más avanzados tecnológicamente que la periférica Europa, pero ¿por qué no fueron capaces de generar crecimiento económico y progreso? Éste es un tema muy debatido en el mundo académico, y no entraremos a tratarlo con detalle en este libro. Bas-

2. Edward Gibbon, *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, vol. 4, capítulo XXXVIII, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1994, p. 124.

te decir aquí que, en esos imperios, una competencia de ideas y formas políticas a la europea era inimaginable. Eran imperios uniformizadores y rígidos. La naturaleza de Europa se basa históricamente en la diversidad, la heterogeneidad, la disensión, la competencia y la lucha incesante por la hegemonía, todo ello en el contexto de un elevado común denominador cultural y de intensos flujos comerciales y de ideas. Y cuando Europa tuvo un imperio, que lo tuvo durante un milenio, fue un imperio muy flexible, en el que cabían la diversidad, la disensión y el debate de ideas; y también las guerras entre las entidades políticas que lo componían.

En lo que queda de este primer capítulo examinaremos con algo más de detalle cuatro innovaciones que posibilitaron e impulsaron los cambios que acabaron llevando a la Europa actual: el individualismo; el crecimiento económico; las guerras *epocales* y la sociedad abierta.

1.1. La invención del individualismo

El descubrimiento europeo más antiguo fue el del individuo o, con mayor precisión, el del individualismo.³

Aunque, como discutiremos en el epígrafe siguiente (1.2), la familia nuclear tiene en Europa una base demográfica ancestral, la evidencia empírica del avance del individualismo es más reciente. Tras la caída del Imperio romano, la sociedad europea, dominada por tribus germánicas, era una sociedad agnaticia, o patrilineal, compuesta por familias extendidas, o clanes, no muy diferentes de la *gens* romana tradicional. Todas las demás civilizaciones, pasadas o presentes, han estado articuladas por este tipo de familias. La familia extendida detentaba la propiedad,

3. No escapó esta invención a la sagacidad de Salvador de Madariaga, quien, en su obra de 1951 *Bosquejo de Europa*, afirma: «El individuo es un descubrimiento —si no una invención— de Europa» (Encuentro y CEU, Instituto Universitario de Estudios Europeos-Universidad San Pablo, Madrid, 2010, p. 67).

cuya titularidad se transmitía antes de hermano a hermano que de padre a hijo. Un ejemplo actual de sociedad agnaticia sería, por ejemplo, Arabia Saudí.

Como señala Francis Fukuyama,⁴ la aparición del feudalismo en Europa fue una respuesta defensiva a las invasiones simultáneas de los vikingos por el norte, los musulmanes por el sur y los húngaros por el este, en un tiempo en que la familia extendida había cedido ya mucho terreno en favor de la familia nuclear y no servía ya como estructura social básica de defensa. Esto ocurría ya en el siglo VIII y, por tanto, estamos hablando de un cambio sin precedentes históricos en la estructura familiar que tuvo que haber tenido lugar en los siglos inmediatamente posteriores a la desaparición del Imperio romano. Ninguna otra civilización ha hecho este cambio de manera endógena. ¿Qué lo causó?

Todo apunta a que el cambio fue impulsado por la Iglesia. Ya en el siglo VI está documentada su oposición a cuatro prácticas fundamentales para la supervivencia de los clanes: 1) matrimonios entre personas con alto grado de consanguineidad; 2) el levirato, o matrimonio de la viuda con familiares del esposo difunto; 3) la adopción de niños; y 4) el concubinato y el divorcio. Las razones por las que la Iglesia provocó el repudio de estas prácticas no son evidentes, aunque sí lo son las consecuencias que estas prohibiciones tuvieron sobre las finanzas de la propia Iglesia. En efecto, la consolidación del matrimonio monógamo e indisoluble, y las prohibiciones del levirato y la adopción generaron en muy poco tiempo una gran cantidad de viudas sin descendencia que quedaban como estación de término de la titularidad de derechos de propiedad. Las mujeres ya eran sujetos jurídicos. La tentación —y la presión— para testar a favor de la Iglesia debieron de ser muy grandes. Cita Fukuyama que, a finales del siglo VII, un tercio de la superficie cultivable de Francia estaba en poder de la Iglesia. Entre el siglo VIII y el siglo IX se doblaron las propiedades eclesiales en el norte de Francia,

4. *The Origins of Political Order: From Prehuman Times to the French Revolution*, Farrar, Straus and Giroux, Nueva York, 2011. (Véase especialmente el capítulo 16: «Christianity undermines the family».)

Alemania e Italia. Por lo que parece, la transferencia de propiedades a la Iglesia fue enorme.

En cualquier caso, las consecuencias sociales del retroceso de los clanes en beneficio de las familias nucleares fueron mucho más trascendentes que el enriquecimiento de la Iglesia. La sociedad europea, ya en la Alta Edad Media, había dado pasos decisivos hacia el individualismo. Las decisiones sobre asuntos muy importantes relativos a la propiedad y al matrimonio se tomaban ya en el seno de la familia nuclear o, incluso, en la esfera individual. Este importantísimo desarrollo social precedió e hizo posibles los desarrollos políticos posteriores. El feudalismo europeo, por ejemplo, hubiera sido imposible en una sociedad tribal de clanes, porque las cadenas de lealtades implícitas en uno y otro caso son demasiado dispares.

En el feudalismo europeo las lealtades eran entre individuos, no entre colectivos. Los feudalismos chinos de la dinastía Zhou (siglo XI a. C.) y japonés del sogunado Tokugawa (siglo XVII d. C.), por ejemplo, se desarrollaron sobre la base de los clanes. En ellos, las lealtades eran entre colectivos. Es difícil exagerar la importancia de esta diferencia. China y, sobre todo, Japón siguen siendo sociedades regidas por la costumbre, debido a la persistencia en ellas del modelo de familia extendida.⁵ Las costumbres son reglas concretas que afectan a individuos concretos, que son educados en ellas a través del ejemplo. Las sociedades occidentales, individualistas y complejas, no pueden regirse ya por la costumbre y han de regirse por la ley. La ley es una regla abstracta que afecta al individuo abstracto de una sociedad igualitaria a través del Boletín Oficial del Estado. Eso hace que, por ejemplo, un concepto fundamental en Occidente como es el de «libertad negativa», acuñado por Isaiah Berlin —nadie puede entrar en mi conciencia, ni en mi dormitorio, ni en mi bolsillo sin mi permiso— sea totalmente extraño e incomprensible en otras civilizaciones. De hecho, es incomprensible en todas las demás civilizaciones pasadas o presentes.

5. De hecho, debido a la homogeneidad étnica, Japón funciona como una gran familia extendida.

El pobre entendimiento que se tiene en Occidente de la excepcionalidad de su individualismo ha llevado a fracasos y frustraciones muy considerables en sus relaciones con otras culturas, como ilustran las guerras del siglo XXI en Irak y Afganistán, que partían de la hipótesis errónea de que en poco tiempo podían constituirse en estas sociedades Estados democráticos basados en el modelo del Estado liberal. Si se tuvo éxito con Alemania en 1945, ¿por qué no con Irak? Pues porque el Estado liberal presupone una sociedad individualista con altas dosis de libertad negativa⁶ que son muy difíciles de improvisar en unas pocas décadas. Las grandes e infundadas esperanzas generadas por la llamada Primavera Árabe —cuyo desarrollo, tras la sorpresa inicial, era muy previsible— han llevado al mismo tipo de frustración.

El individualismo europeo ha sido la base sobre la que se construyeron posteriormente las innovaciones que se tratan a continuación.

1.2. Crecimiento y desarrollo económicos

Otra vez, ¿por qué en Europa? ¿Por qué el crecimiento y desarrollo económico sostenido acabó ocurriendo en una remota y extensa península en el extremo noroccidental de Eurasia para, siglos después, acabar extendiéndose por todo el planeta? Siguiendo a Eric L. Jones,⁷ veamos varias razones relevantes:

- La demografía europea tenía, desde tiempo ancestral, una dinámica muy diferente a la de otras regiones euroasiáticas, especialmente las del Asia monzónica. Diversos estudios citados por Eric Jones (Jones, 2003) concluyen en resaltar la

6. La excepción vuelve a ser Japón, un país regido por la costumbre en donde, a pesar de que el grado de libertad negativa es muy bajo, hay un Estado democrático, aunque quizá no pueda calificarse de liberal. La homogeneidad étnica puede, otra vez, ser la explicación de esta aparente paradoja.

7. Eric Lionel Jones, *The European Miracle: Environments, Economics and Geopolitics in the History of Europe and Asia*, Cambridge University Press, Cambridge (Reino Unido) y Nueva York, 2003.

importancia de las características climáticas a la hora de condicionar las tendencias demográficas. En Europa, por ejemplo, las mujeres comenzaban a tener hijos a una edad mucho más tardía que en Asia, y el número promedio de hijos era claramente menor. Parece como si los europeos hubieran estado dispuestos a sacrificar aumentos de población para mantener unos determinados niveles de consumo per cápita más elevados. En Asia, en cambio, se daba la opción contraria: las mujeres se casaban al llegar a la edad fértil y tenían tantos hijos como fuese biológicamente alcanzable. En este caso parece como si los asiáticos estuviesen dispuestos a sacrificar su consumo per cápita para hacer crecer la población todo lo posible. Una línea imaginaria entre San Petersburgo y Trieste dejaría al este el patrón de comportamiento asiático, y al oeste, el patrón europeo.⁸

Varios autores apuntan a la diferente climatología e incidencia de epidemias y, sobre todo, a la diferente frecuencia e intensidad de sucesos naturales catastróficos como factores explicativos de esta diferencia de comportamientos. A estos factores habría que añadir la incidencia de otros de origen humano, como las guerras. En Asia, la ausencia de monzón en determinados años, por ejemplo, puede provocar hambrunas gigantescas. En Europa las catástrofes naturales son menos severas, lo que posibilita una demografía consistente con la supervivencia de la especie que ajuste la población a la *media* de los recursos esperados y trate de maximizar el consumo per cápita con una nupcialidad tardía y una baja natalidad. Esto no sería posible hacerlo en Asia por la severidad de las catástrofes, lo que llevaría a un patrón demográfico que ajustase la población a la *varianza* de los recursos esperados. La supervivencia de la especie en el caso asiático requeriría maximizar la población en detrimento del consumo per cápita, para, tras las catástrofes, asegurar un número de super-

8. John Hajnal, «European Marriage Patterns in Perspective», en D. V. Glass y D. E. Eversley (eds.), *Population in History: Essays in Historical Demography*, Arnold, Londres, 1965, pp. 101-143. (Citado en Jones, 2003.)

vivientes suficiente para la reconstrucción de la economía y la sociedad.

El patrón demográfico europeo, por sus características de nupcialidad tardía y natalidad baja, tiene que mantener a menos personas que no participen en la producción de recursos que el patrón asiático, básicamente porque hay menos niños de corta edad y menos mujeres ocupadas exclusivamente en la reproducción. Además, el primero es más propicio a la familia nuclear, mientras que el segundo lo es para la familia extendida porque proporciona mayor cobertura en caso de calamidades catastróficas y mayor sustento para las personas no ocupadas en la obtención de recursos.

- Desde sus inicios, Europa formó una única comunidad tecnológica en la que las innovaciones que se generaban o se importaban en algún país se difundían con rapidez a los demás países del continente. En los primeros siglos después de la caída del Imperio romano, la población europea creció por la incorporación de pueblos provenientes del este. Entre el Imperio carolingio y la primera cruzada hubo un lento crecimiento económico debido a la roturación de tierras adicionales y a la introducción paulatina de granos de trigo (para elaborar pan) y legumbres en la dieta, lo que permitió un aumento del consumo de calorías y un crecimiento de la población. Es a partir del siglo XII cuando se introducen novedades tecnológicas, como la herradura y la collarera del caballo, que permiten arar la tierra de manera mucho más eficiente (un ahorro de tiempo del 50 por ciento). También se introduce la rotación ternaria de los cultivos. Todo ello provoca un gran incremento de productividad que permite superar la economía de subsistencia y la creación de excedentes alimentarios, lo que lleva a su vez a la creación de mercados en las ciudades y al desarrollo de actividades económicas no agrícolas. Tres innovaciones tecnológicas en el siglo XV facilitaron el proceso de transformación y desarrollo económico. En primer lugar, la banca europea adquirió un considerable volumen de negocio financiando operaciones durante la primera cruzada en el siglo XI; el primer banco moderno, el Banco de San Giorgio, se funda en Génova en el año 1406. En segundo

lugar, la imprenta, elemento clave para la difusión de las ideas, es inventada por Gutenberg alrededor de 1440. Y, en tercer lugar, la contabilidad de partida doble se desarrolla en Venecia en la segunda mitad del siglo xv y es sistematizada por Luca Pacioli en 1496. En los siglos previos a la revolución industrial, Europa tuvo un crecimiento económico muy importante como consecuencia de las transformaciones de la economía. Según Kuznets, la renta per cápita de la Europa preindustrial era varias veces superior a la de muchos países no desarrollados de la década de 1960. No fue la revolución industrial lo que causó el despegue europeo respecto al resto de Eurasia. El despegue se había producido mucho antes.

- Una última característica europea que cabe mencionar es el carácter expansivo de la civilización europea. Tras el primer episodio de invasión y colonización de la primera cruzada llegó el descubrimiento y la conquista de América, la colonización de la India y de buena parte del sudeste de Asia y la colonización de África. En un plano diferente al territorial, al cultural y al científico, la hegemonía de Occidente —liderada por Estados Unidos desde el fin de la segunda guerra mundial— ha sido y es aplastante. Esto tiene mucho que ver con el carácter abierto y optimista de nuestra civilización, algo de capital importancia y sin parangón en el resto del mundo. (Dejamos la discusión de este tema para el epígrafe 1.4 de este capítulo.)

1.3. Guerras *epocales* y la Paz de Westfalia⁹

Según Philip Bobbitt, la guerra «es una actividad creativa del hombre civilizado que tiene consecuencias importantes para el resto de la cultura humana, incluidos los festivales por la paz».¹⁰ Esta

9. Un tratamiento más amplio de las guerras europeas puede verse en el capítulo 2 del libro de César Molinas, *Qué hacer con España: del capitalismo castizo a la refundación de un país* (Península, Barcelona, 2013).

10. Philip Bobbitt, *The Shield of Achilles: War, Peace and the Course of History*, Allen Lane, Londres, 2002.

actividad humana nunca fue tan frecuente y tan creativa como en Europa durante el período que va desde la caída del Imperio romano hasta 1945. Desde entonces, los europeos no han vuelto a ir a la guerra contra otros europeos excepto en los Balcanes. Nunca había habido en el continente un período de paz¹¹ tan prolongado.

De entre la miríada de guerras europeas cabe distinguir las llamadas guerras *epocales* que son aquellos conflictos bélicos de larga duración que marcan la transición de una época a otra, con distintas formas dominantes de Estado. Las guerras *epocales* las ganan los contendientes que tienen el modo de organización política más eficiente para movilizar los recursos necesarios para derrotar al enemigo. La guerra de los Treinta Años fue una guerra *epocal* que finalizó con la Paz de Westfalia en 1648. En esta guerra se dirimió la superioridad política entre los principados, agrupados bajo las dinastías de los Habsburgo en Alemania y en España, y las monarquías absolutas —que tenían como referentes a Francia y a Suecia—. Los Habsburgo eran monarquías limitadas, en las que el poder estaba descentralizado y el monarca tenía que pactar constantemente con príncipes e instituciones representativas de sus reinos. Su autoridad estaba muy limitada a la hora de recaudar impuestos, característica que acabó inclinando la guerra a favor de las monarquías absolutas. La Paz de Westfalia consagró la *integridad territorial* como principio que determina la soberanía de los Estados, en contraposición a la concepción feudal de que territorios y pueblos son transmisibles por vía hereditaria. Asimismo, los tratados de esta paz de 1648 consagraron en el derecho internacional el principio de equilibrio entre países para prevenir la emergencia de una potencia hegemónica que sobresaliera sobre todas las demás.

Este concepto de *equilibrio* está incorporado a la naturaleza de Europa desde entonces, de modo que, cuando dicho equilibrio se ha visto amenazado, siempre se ha desencadenado una guerra

11. «Paz», según Ambrose Bierce, es «ese período de trampas y mentiras que hay entre dos guerras»; véase: Ambrose Bierce, *The Enlarged Devil's Dictionary*, Penguin Books, Harmondsworth (Londres), 1971.

para restaurarlo. La siguiente guerra *epocal*, que duró casi todo el larguísimo reinado de Luis XIV, dirimió la supremacía entre la monarquía absoluta y el Estado territorial que ha sido capaz de desarrollar instituciones que la hacen innecesaria. La derrota de las monarquías absolutas se plasmó en el Tratado de Utrecht, que reafirmaba la idea de equilibrio adoptada en la Paz de Westfalia. Las guerras napoleónicas fueron la última guerra *epocal* limitada al ámbito europeo. El Congreso de Viena de 1815 volvió a restaurar la idea de equilibrio de Westfalia, idea que se mantuvo hasta el comienzo de la gran guerra *epocal* del siglo xx entre 1914 y 1989. Pero no vamos a entrar aquí en esta historia, que retomaremos en el capítulo 2 de este libro.

La idea de equilibrio entre potencias sigue muy viva en Europa y es uno de los principios más cuidados en el funcionamiento de la Unión Europea. De ahí la preocupación de que la anunciada salida del Reino Unido acabe desequilibrando la Unión y dando mayor hegemonía a Alemania. De esto trataremos en la segunda parte de este libro («¿Qué es la Unión Europea?»).

1.4. El progreso y la sociedad abierta

El primero en definir el progreso —en términos que siguen siendo actuales hoy día— fue Turgot,¹² uno de los fundadores, junto con Adam Smith, de la actual ciencia económica. Como relata Jonathan Israel,¹³ Turgot introdujo la ideología del progreso en dos lecciones magistrales dictadas en 1750 en La Sorbona. «Vinculando epistemología, economía y administración, [Turgot]

12. Anne-Robert-Jacques Turgot, barón de L'Aulne (1727-1781), fue un economista y político francés que perteneció a la escuela fisiocrática. Turgot era un ilustrado moderado, lo cual no fue óbice para que fuese profundamente reformista: en su etapa como ministro, Turgot modernizó los tributos, introdujo el concepto de presupuesto público anual, redujo el déficit e impulsó el libre comercio de grano.

13. Jonathan I. Israel, *A Revolution of the Mind: Radical Enlightenment and the Intellectual Origins of Modern Democracy*, Princeton University Press, Princeton (Nueva Jersey), 2010.

argumentó que la capacidad del hombre para recibir impresiones nuevas del mundo exterior —y de evaluarlas, combinarlas y analizarlas— había abierto una vía por la que la experiencia absorbe y construye una sucesión ilimitada de mejoras materiales, avances tecnológicos y mejor organización.» Esta mejora de las condiciones de vida es el resultado de «un proceso acumulativo unidireccional que abarca todos los aspectos del desarrollo social [...] al que [Turgot] denominó *progreso*».¹⁴

En época de Turgot, la evidencia empírica de que estos cambios estaban ocurriendo era ya incontestable. Por una parte, el bienestar material había mejorado ostensiblemente. Por poner tan sólo un ejemplo llamativo, Ian Morris¹⁵ calcula que la ingesta energética promedio diaria de los humanos occidentales durante la época imperial de Augusto era de 31 kilocalorías por persona y día. Esta cantidad fue disminuyendo hasta el siglo IX, en el que marcó un mínimo de 25 kilocalorías. La cifra del período de Augusto no se superó hasta el siglo XVIII, el siglo de Turgot, al final del cual se consumían ya 38 kilocalorías. Por otra parte, en el terreno de las ideas, el ideario de la Ilustración radical había madurado ya, y se anunciaba un cambio de paradigma ideológico que reclamaba una sociedad abierta y optimista; además, en el terreno de la innovación y la organización, la revolución industrial estaba a punto de germinar. El progreso, uno de los rasgos más característicos de Europa, empezaba ya a ser visible, aunque la falta de perspectiva histórica no permitía percibir con plenitud su rasgo más característico, que es su crecimiento exponencial.

El progreso es una acumulación exponencial de conocimientos que da como resultado una rápida sucesión de innovaciones. Este crecimiento exponencial, característico de lo que llamamos progreso, no lo podía observar Turgot porque no tenía suficiente perspectiva histórica: el progreso acababa de comenzar. Las primeras innovaciones tecnológicas de la humanidad estuvieron separadas entre sí por períodos de tiempo muy prolongados. Hace

14. *Ibidem*, capítulo 1.

15. Véase el apéndice del libro: Ian Morris, *Why the West Rules - For Now: The Patterns of History and What They Reveal About the Future*, Profile, Londres, 2010.

dos millones y medio de años, los homínidos descubrieron cómo afilar una piedra de sílex para hacer un cuchillo. Tuvo que transcurrir casi otro millón de años para que a alguien se le ocurriese que la piedra podía afilarse por los dos lados para hacer una punta de lanza. En 1903, los hermanos Wright pasaron a la historia por un vuelo de unos cien metros, el primer vuelo de la historia pilotado, sostenido y autopropulsado de un artefacto más pesado que el aire. En 1969, sólo sesenta y seis años después del vuelo de los Wright, Neil Armstrong paseaba por la Luna. Hace apenas medio siglo que sabemos de la doble hélice del ADN, y la medicina de base genética está ya muy desarrollada. Hace un cuarto de siglo del primer mensaje por internet, pero la red (*web*) ya ha cambiado el mundo... Las innovaciones, fruto de la creatividad, que es una adaptación biológica de la especie humana, se aceleran cada vez más: se estima que, en 2026, el 90 por ciento del acervo de conocimiento humano se habrá producido en la última década, o sea que aún no lo conocemos. ¿Es esta aceleración imparable? Si el progreso continúa, sí. ¿Es la sucesión de innovaciones ilimitada? Si el progreso continúa, sí. Siempre cabrá imaginar una innovación más. Entonces, ¿continuará el progreso?

El progreso, como lo conocemos hoy, comienza con la Ilustración en el siglo XVIII. Se caracteriza por ser inseparablemente multidimensional —científico, tecnológico, social y moral—, potencialmente ilimitado, propio de la civilización occidental y... frágil. La fragilidad del progreso se debe a que, para desarrollarse y sostenerse, necesita una sociedad abierta, en el sentido de Popper,¹⁶ y optimista, en el sentido de Deutsch.¹⁷ Una sociedad abierta es aquella en la que las leyes de la naturaleza y las leyes de la sociedad se conciben como cosas diferentes, de modo que las últimas no están incluidas en las primeras. Eso, por sencillo que pueda parecer, hoy día sólo ocurre en Occidente. Las sociedades

16. Véase: Karl Popper, *The Open Society and Its Enemies*, Routledge, Londres, 2003. (La caracterización de las sociedades abiertas y de las sociedades cerradas puede hallarse en el capítulo 5, pp. 61 y ss.)

17. Véase: David Deutsch, *The Beginning of Infinity: Explanations that Transform the World*, Allen Lane, Londres, 2011.

abiertas se caracterizan por tener libertades políticas y de conciencia, por poder derrocar un gobierno que ha perdido el apoyo popular (y hacerlo de manera pacífica, sin tener que recurrir a un baño de sangre), por hacer a los individuos sujetos de sus propias decisiones, en detrimento de la costumbre o de la tribu. Además, las sociedades abiertas son optimistas, en el sentido en que favorecen la innovación por creer que, a la larga, ésta aporta más ventajas que inconvenientes.

No puede haber progreso en una sociedad cerrada, regida por el principio de autoridad, en la que están estrictamente limitados los temas sobre los que puede haber debate e intercambio de ideas... No puede haber progreso en una sociedad pesimista en la que las innovaciones no son percibidas como oportunidades, sino como amenazas. El progreso necesita una sociedad abierta, de verdades provisionales, en la que se pueda debatir sobre si Dios juega a los dados, o sobre la conveniencia del matrimonio homosexual. Lo importante no es el tema, sino que pueda existir el debate. Salvo tres excepciones, todas las sociedades de la historia son y han sido sociedades cerradas y pesimistas. Las excepciones son la actual civilización occidental, la Florencia de los Médicis —que fue muy efímera— y la Atenas del Siglo de Oro, cuyo optimismo fue aplastado por Esparta tras perder la guerra del Peloponeso. ¿Qué hubiera pasado si Atenas hubiese ganado la guerra? ¿Qué hubiera pasado si el optimismo ateniense se hubiese mantenido durante mucho más tiempo? Es posible soñar que el comienzo del progreso se hubiese adelantado varios siglos y que, como apunta Deutsch, «ya estaríamos explorando las estrellas y usted y yo seríamos inmortales».¹⁸ Las amenazas a la continuidad del progreso son las amenazas (internas y externas) a la sociedad abierta. Haberlas, las hay. Y muchas. Por ello, la sociedad abierta debe ser defendida, tanto con el debate de ideas como con la disuasión nuclear, sin ir más lejos.

18. *Ibíd.*, p. 221.